



*Fachada sur del Real Monasterio de El Escorial.
En primer término, el estanque de los Frailes.*

400 años del Monasterio de El Escorial: la cultura, la ciencia y las artes

Por JUAN LOSADA

El Monasterio y Palacio del Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial cumple este año el IV centenario de su construcción, de la colocación de la última piedra, señalada con una cruz en las alturas del Patio de los Reyes, según la tradición oral. Llamada octava maravilla del mundo, en el tomo XIX de la *Historia de España*, preparada bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal, se escribe que El Escorial, creado por Felipe II, es una síntesis gigantesca de todas las ciencias, culturas y artes conocidas, expresión que coincide con la de otros historiadores. Pero desde sus orígenes ha sido centro de poder religioso, político, de investigación histórica, de monumentalidad arquitectónica y artística, de acervo cultural y de controversias respecto a los fundamentos de su creación, de la Contrarreforma frente a la Reforma, de epicentro del imperio castellano, de absolutismo de reyes y validos. Pueden admitirse

ciertos anacronismos y desvinculaciones con la raíz de su fundación, que no ha sido en su totalidad lo que debería haber sido, pero es cierto que en aquellas celdas de monjes ilustres se han ilustrado todas las ramas del saber, y que en aquellos claustros y fabulosa Biblioteca han sido también actores de primera magnitud frailes neoerasmistas y liberales como Arias Montano, Sigüenza, Juan de San Jerónimo, Bartolomé de Santiago, Aleajos, miembros activos de la «familia» liberal en la teología y el pensamiento que organizó primero en Amberes el sabio extremeño Arias Montano y, seguidamente, establecida en el Monasterio, sin que Felipe II permitiera que el Santo Oficio los llevara a la hoguera, como ocurría en otros lugares de España.

Los poetas románticos Núñez de Arce, Quintana, Gautier y muchos más no se detienen en sus ataques a la obra de Felipe II. Chateaubriand la describe

como el Versalles de las estepas, y así sucesivamente hasta el actual Premio Nobel colombiano Gabriel García Márquez, que la compara con el drama de Castilla, «donde la soledad y el frío sólo podían ser comparables a los de la muerte». Sin embargo, tales interpretaciones no son compartidas por Unamuno, Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Dionisio Ridruejo, entre otros, que hablan de un país de insólitas magnitudes y de ser la piedra lírica de España. Tétrico y sombrío para unos, para otros es un cúmulo de perfecciones y resonancias. Pero lo cierto es que permanece ahí, en el paisaje donde Ortega y Gasset escribió «mi salida natural hacia el Universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola (también creado por los arquitectos del Monasterio, más como la función lúdica que faltaba en El Escorial hasta la llegada de Carlos III). Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona. Sólo

a través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo, yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo», admirada por tantos millones de turistas culturales y de investigadores del mundo entero. Obra de Toledo, Herrera y con incrustaciones posteriores de Villanueva en su entorno, en ella están representados los más grandes artistas y las mayores creaciones artísticas y culturales.

Contrarreforma y humanismo, ésta es la simbiosis del Escorial en el aerópago del pensamiento, no obstante la primacía del primer enunciado. 400 años hace ahora que empezó esta singladura de ortodoxos y heterodoxos en su fundamento religioso, que culminó la obra material. Semejante efemérides nos invita a recorrer sin énfasis ni alardes documentales los años que transcurrieron desde la colocación de la primera piedra hasta la última, sencillamente, según las costumbres de la época.

Antes de la llegada de Felipe II y su cortejo de asesores, casi todos de la orden religiosa de los Jerónimos, orden a la que su padre, el Emperador Carlos I, reservaba tanta veneración, como lo demuestra que se internase con ellos en el Monasterio de Yuste cuando decidió abdicar en su hijo, realmente el pueblo de El Escorial no había penetrado en la historia. Al contrario, sin embargo, que las villas cercanas de Galapagar, Guadarrama, Fresneda, Campillo y Monesterio, éstas incluidas hoy en el término municipal de El Escorial, elevada a la categoría de villa por un decreto del Rey en 1565 y nombramiento de su primer consejo municipal, por ello cabe deducir que no está suficientemente comprobado el origen de su nombre. Según algunos historiadores, José de Sigüenza, por ejemplo, que estaba allí desde temprano, el nombre de El Escorial procedía de las escorias desprendidas de una fragua de carbones vegetales instalada en el actual bosque de la Herrería, fragua en vez de herrería de hierro fundido. También se supone que se deriva de oscuro, respecto a los espesos bosques que cubrían la comarca, y que fueron talados para la construcción de la fábrica monumental. El rector presente de la Universidad María Cristina, inaugurada a finales del siglo XIX sobre las aulas fundacionales del XVI, padre Gabriel del Estal, está convencido que Escorial significa lugar poblado de ésculos, especie de roble o rebollo que abundaba en el bosque, de tal forma que se halla representado en el reverso del escudo de la leal villa de El Escorial. Sea como fuere, y al margen de las leyendas o mitos, lo único que se sabe es que cuando el Rey decide fundar la real obra en acción de gracias por la victoria de San Quintín, conseguida por los ejércitos españoles sobre los franceses el 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, o bien por la

estima que el Soberano sentía por el Santo, el poblado de El Escorial era un breve conjunto de casuchas de mala muerte, «en las cuales no había ni una chimenea, ni una ventana, de modo que la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenían una entrada y salida común», escribe el testigo ocular fray Juan de San Jerónimo. Por su parte, Sigüenza añade que la miseria era general en aquel pequeño pueblo constituido por cuatro o cinco familias de pastores, que «estaban tan olvidados y escondidos, que ni aún los escribanos y alguaciles de Segovia, gentes que andan a descubrir cuestiones para sus ingresos ilícitos, tenían noticias del nombre de El Escorial». En una de aquellas chozas se albergaron los monjes y el propio Rey, desde donde subían a cuidar de los peones que trabajaban en el desmonte iniciado en abril de 1562.

El valor en ducados del territorio

La parcela que ocupa el Monasterio era un jaral enmarañado, con algunos rediles de ganado. Abundaban los manantiales, las piedras, los árboles, la maleza, el monte de pinos y otras plantas, era extenso y maravilloso, desde las crestas de la sierra de Guadarrama hasta Navaluenga, Quijigal, Campillo y Fresneda, en muchos kilómetros a la redonda. Este lugar satisfizo plenamente a Felipe II, después de haber renunciado a construirlo en Aranjuez o Guisando. Acompañado del prior y vicario electos por el capítulo, Juan de Huete y Juan de Colmenar, el secretario de Su Majestad, Pedro de Hoyo, el famoso arquitecto Juan Bautista de Toledo, fray Gutiérrez de Lesa, prior del Monasterio de San Jerónimo de Madrid, que celebraron reuniones preparatorias en Guadarrama y Galapagar —es curioso constatar que el anciano alcalde de Galapagar se opusiese a su construcción porque temía que su pueblo y los demás cercanos fuesen absorbidos por lo que luego sería Real Sitio de San Lorenzo, por decisión del Rey—, al fin se decidió empezar los trabajos con el propósito de levantar una de las empresas más importantes del mundo, obra que consumió veintiún años, de 1563 a 1584.

Los terrenos adquiridos con tal motivo —monasterio atendido por los jerónimos, panteón, palacio real, basílica, galerías de arte e historia, centros de estudio e investigación, Biblioteca y primera Casa de Oficios entre otras edificaciones del entorno, acabado por Villanueva en el siglo XVIII—, fueron los siguientes: dehesa de la Herrería, donde ya en 1350 se hallaba el poblado de Herrera de Fuente Lámparas, justamente en la demarcación que ahora ocupa la finca del Castañar. Los herederos de su dueño, García de San Román de Porras, se lo cedieron al

Monarca por 15.000 ducados, con fuentes y manantiales que se conservan, una desaparecida ermita, cerca de la de la Virgen de Gracia, piedras graníticas y una gran huerta cubierta de deliciosos árboles frutales que los monjes ensancharon con plantas traídas de América.

Próxima, en la cima de unos peñascos, estaba situada la silla de Felipe II, desde donde, se dice, contemplaba el trabajo de canteros, carpinteros, albañiles y artistas de todo tipo. En la profundidad del valle, entre los puertos o picos de Ermitaños, Machota, Malagón, Cruz Verde, Abantos, comenzaba Fresneda, «que también fue lugar poblado, aunque siempre de pocos vecinos y pobres renteros», que como los demás habitantes primitivos fueron indemnizados por la ocupación de su territorio. Felipe II se lo compró a los cinco propietarios por cerca de 22 millones de maravedises, a tenor de la relación preparada por el padre Quevedo, bibliotecario del Monasterio en el siglo XIX: en este sitio mandó después Felipe II construir un pequeño palacio y una casa de recreo a modo de convento, donde los monjes tuvieron una granja, por lo que se denomina la Granjilla. Adornó aquella quinta con jardines a las órdenes de fray Marcos de Cardona, sujeto de gran habilidad y saberes en la horticultura, embellecidos con fuentes, cascadas, cenadores, estanques de riego en los que abundaba la pesca, y se plantaron largas filas de árboles. Muy deteriorada a partir de la invasión francesa de 1808, abandonada por la comunidad y de los bienes de la Corona por la desamortización de Mendizábal primero y después por la de 1868-74, aún queda parte de aquellas ejecuciones realizadas por los mismos arquitectos del Monasterio, así como la iglesia de la villa de El Escorial, construida pocos años más tarde (1594) por Francisco de Mora y la supervisión de Herrera, igual que la de Valdemorillo. El templo escurialense se levantó en quince meses, dentro del mejor estilo herreriano, y es considerada monumento nacional.

Al noroeste de la Granjilla hallábanse las dehesas de Campillo y Monesterio, ricas en caza mayor y menor, pertenecientes a los hermanos Ajofrín, muertos en la batalla de Aljubarrota con el Rey Juan I de Castilla (1385), cuando intentó conquistar Portugal, por lo que pasó sucesivamente a los marqueses de Santillana, los condes de Tendilla y el duque de Maqueda, a quien se lo compró Felipe II por 40.000 ducados. En este sentido, precisa el padre Quevedo, cuando se verificó la compra, Campillo contaba con unos 120 vecinos, y Monesterio con 60, dedicándose a la labranza, criar ganado y cuidar la hacienda del duque, cuya principal especulación era llevar yeguas de vientre para criar los potros. A es-

1. Pórtico de la Basílica, sobre el que descansan las seis estatuas de los Reyes del Antiguo Testamento (Patio de los Reyes).

2 y 3. Detalles de la galería de aparejos e ingenios que se utilizaron para la obra del Monasterio (Museo de Arquitectura).



tos colonos se les dio facilidad para avecindarse donde quisieran, eximiéndoles de por vida del pago de alcabalas y otros pechos, y concediéndoseles diversas mercedes. Al castillo de piedra que, en ruinas, perdura todavía, se unieron varios edificios para alejar a los criados reales, y allí hubo un palacete o albergue utilizado en sus viajes anteriores por la Reina Católica. En resumidas cuentas, 60.200 ducados y 34 millones de maravedises, de donde el jesuita Zurbito, en un libro publicado en 1929 y en el que recoge detalladamente los datos suministrados por los primeros cronistas, deduce que el coste total de los terrenos, los jornales de los 2.000 trabajadores, los materiales y objetos de arte —mármoles, bronce, plomo, oro, madera, piedras berroqueñas o de granito, ladrillos, pizarras, tejas, balaústres, columnas, ornamentos, óleos, frescos, retablos, primeros libros y manuscritos— alcanzó seis millones de ducados; es decir, unos 200 millones de pesetas según el valor comparado de la moneda en 1920 y en 1984 cerca de 30.000 millones, cantidad que parece exigua si se observan las dimensiones de la obra. No hay que olvidar que en 1570, un jornalero ganaba tres reales diarios y que un buey valía trece ducados; un cerdo, cuatro; una ternera, cinco; una gallina, tres reales; cien huevos, un ducado; una arroba de aceite de oliva, doce reales.

El territorio enumerado aquí fue mayoritariamente desamortizado en 1869 como bienes de la Corona, excepto la Herrería y otras parcelas, o sea, que se enajenó a favor de particulares las tierras que representaban entonces el 39 por 100 del término municipal de El Escorial y el 94 por 100 de San Lorenzo, localidades separadas durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. La superficie vendida fue la siguiente: Cuarto Carretero, 372-18-88; Milanillo, 491-16-00; Las Radas, 1.010-30-84; Las Zorreras, 355-41-12; Campillo, 1.630-16-64; Monesterio, 498-3-42; Solana, 839-90-72; Cualgamuros, esta vez para propiedad estatal, 2.190-72-00. Todo ello referido a fincas superiores a las cien hectáreas.

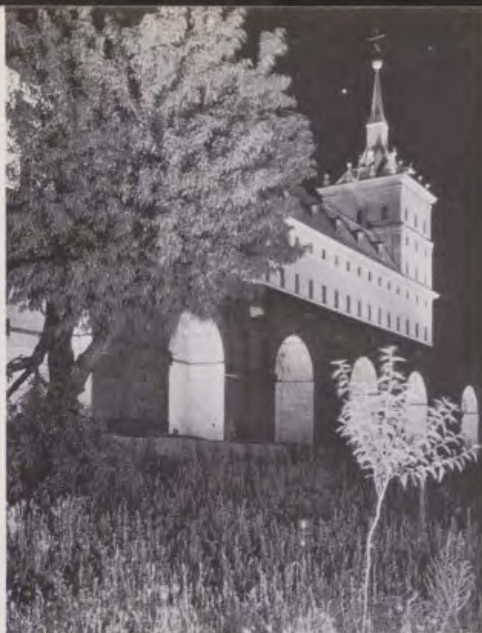
Por otra parte, hasta que en 1792 se suprimió el cargo de alcalde mayor a las órdenes del Rey y en su nombre del prior del Monasterio, separándose los dos Escoriales y nombrándose sendos ediles principales y un gobernador del Sitio, El Escorial tuvo 52 alcaldes desde 1562. Una vez que por decreto real estos pueblos fueron substraídos de la autoridad de tierras segovianas, habiendo sido el primero Juan de Susaña, alcalde ordinario que asistió a la colocación de la primera piedra en 1563, hasta 1787, que lo era por segunda vez Pantaleón Montesinos, es interesante citar algunos de estos alcaldes mayores: en 1565, Andrés de Almaguer, toledano, el primer edil nombrado por

Felipe II; 1576, Luis Muñoz, licenciado y protagonista de la huelga de los canteros; 1594, Bernabé de Avila, licenciado y natural de Chinchón; 1612, Juan Quiñones de Benavente, doctor y teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid 1678, Diego Ruíz Manjarón, abogado que aparece retratado en un cuadro de Claudio Coello; 1756, Nicolás Vicente Yáñez, del Santo Oficio de Granada; 1783, Celestino G. de Salazar, abogado de los Reales Consejos. En total, 27 licenciados, siete letrados, tres doctores y de otras profesiones o carreras.

La vida cotidiana en el trabajo

Volviendo al hilo de la cuestión, cabe subrayar que la muerte de Bautista de Toledo en 1567 no supuso la interrupción de la obra pensada y dirigida por el Rey, puesto que inmediatamente tomó la dirección su ayudante Juan de Herrera. Pero el maestro principal, el encargado y jefe de personal, era el fraile lego Antonio de Villacastín, un hombre excepcionalmente capacitado para ordenar el trabajo de aquel enjambre de canteros, albañiles, artesanos, orfebres, artistas, sobrestantes, maestros, científicos, operando incluso en laboratorios. Se prodigaban las grúas, y los bueyes arrastraban enormes piedras, materiales que se traían de diversos puntos de España y del extranjero. No sólo Villacastín, sino también otros personajes importantes, como Andrés de Almaguer, juez, veedor y contador general; el aparejador Juan de Paz y distintos especialistas. Los canteros procedían de Vizcaya y Galicia; herreros, vascos y castellanos; carpinteros levantinos y peones de cualquier lugar, además de la mano de obra de la comarca. Se establecieron cerca de la Lonja hornos de cal, de ladrillos, herrerías, talleres, un hospital que atendía a enfermos y accidentados, mientras los monjes se alojaban en una casa de la villa, así como el Rey en la morada del párroco, y más adelante en un departamento exclusivamente para el Monarca. Así se comprueba que los religiosos que fallecían eran enterrados en la iglesia provisional; los trabajadores en una parcela de las afueras. Tales operarios ocupaban las barracas situadas cerca, puesto que no había vida organizada en el pueblo, casuchas que se mantuvieron durante dos siglos, una vez que Carlos III urbanizó San Lorenzo. Además de las barracas, también estaban abiertas casas de comidas y tabernas a un paso de las canteras.

La jornada de trabajo recorría de sol a sol, sin que se pueda precisar cuántos trabajadores murieron en accidentes de trabajo. Consta que en la cabalgata organizada por Villacastín con motivo de la conclusión de las tareas de cimentación, ya listo el terreno para



4. Parte de la fachada sur, vista desde la Huerta.

5. Fachada principal del Monasterio de El Escorial.

6. Vista panorámica del Monasterio, desde el paseo de «El Horizontal».



colocar las columnas y pilastras del pórtico, desfilaron carrozas engalanadas por la Lonja, merendando después en los calveros del bosque y corriendo un becerro. Por la noche solían reunirse en las tabernas de madera, donde comentaban las incidencias del día.

Los sábados se les abonaba el jornal de la semana; cada cuadrilla estaba a las órdenes de un sobrestante, «quien, bajo juramento, se comprometía a llevar las listas de cuantos trabajaban bajo su inspección». El salario regulador era de tres reales diarios, estipendio mayor que el medio español de aquella época, pero que tampoco les daba demasiadas oportunidades adquisitivas, en tanto que a los artistas y artesanos se les abonaba un sueldo fijo de acuerdo con su labor. Los artistas que no disfrutaban de contrato, habían de quedar entonces al criterio impuesto por los jerónimos, que tasaban su importe a continuación de haber recibido las facturas por intermedio del alcalde mayor, que tenía facultad para nombrar un tercer tasador, cuya decisión era inapelable, caso de que las dos partes no coincidiesen. Los trabajadores que hubieran contraído una enfermedad recibían dos reales diarios mientras durase el mal y estuviesen en el hospital, desconociéndose si esta subvención alcanzaba a su vez a los operarios destajistas. Y ciertamente que se proporcionaba trabajo, y que la colosal obra era el retrato del carácter de un hombre, pero no es menos cierto que el país estaba al borde de la ruina económica por los exorbitantes gastos que originaban las guerras, y que el oro y la plata que transportaban los galeones desde América no podían contener la inflación, aumentada por el derrame económico que suponía la conservación de la fe frente a la Reforma.

Entre tanto, golpeaba el martillo en el yunque y las piedras; a través de reatas de carretas y bueyes se movían grandes columnas, cornisas, capiteles, dinteles de puertas, jambas y diferentes piezas, todo con asombrosa rapidez y precisión: jaspe de Burgo de Osma; en Madrid se trabajaba el mármol y los bronce; la rejería, en Guadalajara; de la sierra andaluza de Filambres procedían los mármoles blancos y de color; largas piezas de pino y alerce, de Balsaín; maderas finas de las Indias y de las colonias; bronce artístico, de Italia; candelabros, arañas y pinturas, de Flandes; cruces, incensarios, bandejas y muebles, de Toledo; libros y códices de las bibliotecas españolas y mundiales. Cientos de artistas de todo el mundo hallábanse concentrados en El Escorial. Dadas las dimensiones de la obra, también se produjeron problemas sociales: el 20 de mayo de 1577 culminó la huelga o motín de los canteros vizcainos, que eran hidalgos, los cuales rechazaron un nuevo impuesto o tributo que estableció el alcalde ma-

yor Luis Muñoz, sujeto que amenazó con sacar a la vergüenza pública al día siguiente a los cuatro obreros que gestaron la acción, a los que hubo internado en la cárcel situada en el número cinco de la actual calle del Rey, donde en 1984 se ha levantado un gran edificio comercial. Por ser hidalgos los cuatro, no podían ser sometidos a tal castigo, por lo que sus compañeros, casi todos los canteros, amotinados frente a la cárcel y la casa del alcalde mayor con las espadas en la mano, exigieron la libertad de los presos y la cabeza del alcalde, rescatando a los primeros y manteniéndose en plena rebelión tres días, aunque no pudieron cumplir la amenaza contra el alcalde, porque, protegido por los frailes, consiguió escapar del acoso. No obstante, ante la gravedad que tomaba el asunto, el Rey se presentó en El Escorial con una fuerte escolta, la primera vez que le acompañaba la guardia de alabarderos desde El Pardo. Sofocado el motín, Felipe II atendió la clemencia solicitada por el padre Villacastín y los monjes liberales, por lo que fueron perdonados casi todos, salvo algunos que fueron condenados a las galeras. Fue un hecho social relevante, el más notable en el curso de la aventura constructora, además de los incendios, los vendavales y las incidencias comunes.

Concluyó el 13 de septiembre de 1584. Habían participado decoradores, pintores, escultores, artistas, pensadores y artesanos de excepcionales cualidades: Tibaldi, Luchetto, Sánchez Coello, Navarrete el Mudo, Milán León, Pompeyo Leoni, Tiziano, Jacometrezo, el Greco... Con la piedra y la pizarra, se había edificado un paralelogramo rectángulo de 207 metros por 161, cuatro torres con ángulos de 55 metros, cubiertas por chapiteles de pizarra, y una gran bola de metal, vellea y cruz, cimborrio de 92 metros de altura, campanarios, basilica, palacio real, celdas, claustros, aulas, salones, la lonja, patios, jardines. Fábrica de granito y de estilo dórico, como «una severa depuración de los elementos clásicos del Renacimiento italiano», constituido por 9 torres, 15 claustros, 16 patios, 88 fuentes, 86 escaleras, más de 1.200 puertas y 2.600 ventanas. En su entorno, los inmuebles destinados al alojamiento y servicio de la Corte, despachos de los ministros y secretarios del Rey: Ministerios, Infantes, Reina y la Compañía, unidos por arcos de comunicación y terminados por Villanueva en el siglo XVIII. Y en primer lugar, el centro de cultura, ciencia y música completando la múltiple galería artística de maestros universales de la pintura, con pensadores, compositores y organistas tan destacados como Arias Montano, Victoria, Sigüenza, Mateo Flecha, Antonio de Cabezón, Melchor Valdés..., continuados en los años siguientes por musicólogos de la

escuela del padre Soler y de tantos otros frailes que enaltecieron el arte musical, la polifonía, los coros, incluso la música con sabor popular y la posterior aportación de mayores tesoros artísticos.

Se ha escrito que el Monasterio respondía a ocho fines: espiritualidad monástica, oración y culto, enterramientos regios, hogar de familia cristiana, caridad con enfermos y pobres, formación sacerdotal, arsenal de sabiduría eclesiástica, de enriquecimiento humanístico y de investigación científica, estudio general de artes y teología, con facultades para expedir grados académicos, reconocido todo ello en el testamento de Felipe II y reconocimientos papales, bajo la autoridad de los jerónimos. Monjes sabios, enseñantes eclesiásticos, doctores en ciencias, pero también religiosos que eran panaderos, herreros, hortelanos, cocineros, albañiles, administrativos y validos, por qué no decirlo. Se sabe que durante la construcción murieron por enfermedad y epidemias por lo menos cien personas, según atestigüa fray Luis de Granada en su libro *El símbolo de la Fe*: en dicho año, 1580, estando el cielo y el aire... con la misma serenidad y pureza de siempre, una mala cualidad que en él había que no se veía ni se tocaba, fue causa de tantas muertes y de tan grande estrago de muchas gentes... Estas muertes por catarros infecciosos están registrados en el libro de difuntos, así como algunos accidentes de trabajo ocurridos en 1577, según manuscrite Juan de San Jerónimo: uno cayó de una grúa, y murió. Cayó un rayo y mató a un carretero, una piedra mató a otro. Estando unos trabajadores sacando cal de la cantera de la Herrería, se produjo un desprendimiento de tierras y mató a dos, uno de Cardeñosa y otro de Zarzalejo. En Bustarviejo, habiendo ido por nogales un sobrestante, le aplastó un árbol. Un vecino de Almorox, Pedro de Avila, se cayó de un andamio y se mató, lo mismo ocurrió a un carpintero de San Martín de Valdeiglesias, y un día de San Agustín, una piedra desprendida mató a un hombre. Relato necrológico que acaso sea espejo de cómo suceden las cosas en las obras de grandes magnitudes, incluso en la época de la revolución tecnológica.

NOTAS

En el artículo «Los hispanistas norteamericanos ante la historia, la cultura y el arte», publicado en el número 79 de esta Revista, dejamos de consignar los números 451-454, correspondientes a julio-octubre de 1983, de la revista *Arbor*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ejemplar de 206 páginas que estudia monográficamente el Hispanismo en Estados Unidos. Lo hacemos ahora con verdadera satisfacción, puesto que se trata de un estupendo estudio con una gran riqueza documental de tan interesante materia, preparado, precisamente, por catedráticos del hispanismo.